

ALEJANDRO LLANO

*La vida
lograda*

Ariel

Alejandro Llano

La vida lograda

Ariel

1.ª edición en esta presentación: febrero de 2017
Edición anterior: 2002

© 2002, 2017, Alejandro Llano

Derechos exclusivos de edición en español:
© 2002 y 2017, Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2538-5
Depósito legal: B. 972 - 2017

Impreso en España por Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
Saber vivir	15
Aprender a vivir	15
Los felices y los desgraciados	18
Vida lograda y vida malograda	21
Golpe a golpe	24
Lo correcto y lo corregido	26
A la búsqueda de mi propio ser	28
Yo me potencio	31
Excelencias	34
Carácter y comunidad	37
¿Dónde se encuentra la felicidad?	40
Todo hombre tiene un precio	43
Metafísica del dinero	43
Inflación de medios	45
El valor absoluto de la persona	47
Las causas perdidas	50
Solidaridad posible	52
La elegancia de lo poco	54
Deseos y necesidades	56
De lo superfluo a lo nocivo	59
Elogio de la riqueza	60
Placer y realidad	65
¿Es lo mismo gozar que ser feliz?	65
Me gusta	67
Máquinas de captar placer	71
El principio de placer	74
La virtud más necesaria	77
Integrar el dolor	80
Formación del carácter	83
La alegría de vivir	85

El poder corrompe	89
El placer de mandar	89
Dirigir y ejecutar	91
Biopolítica	95
Cara y cruz de la globalización	98
Emigrantes y marginados	101
La casa y el ágora	104
Participación en el poder	106
La paradoja de la libertad	110
Humano/No humano	112
El logro de la excelencia	117
Surge el bien humano	117
La práctica de la virtud	120
Un cable con tres cabos	123
¿Por dónde empezar?	126
La conexión de las excelencias	129
Saber, saber hacer, hacer	133
Un suplemento de ser	137
La verdad bajo sospecha	143
La verdad ¿instancia de apelación definitiva?	143
La verdad práctica	145
Pluralismo y relativismo	150
La verdad en la sociedad del conocimiento	154
Virtudes intelectuales	159
Contemplación	162
Arte de amar	167
El amor es la clave	167
El amor como intimidad	171
Empatía	173
Radiografía del amor	177
Crecer en el amor	181
Amor esponsal	185
El milagro profano	188
Conclusión: las metas del vivir humano	193

SABER VIVIR

Aprender a vivir

En su sentido más popular y castizo, «saber vivir» equivale a tomarse las cosas con calma y sacarle partido a las pequeñas y grandes satisfacciones que el curso de la existencia humana nos va ofreciendo.

«¡Tú sí que sabes vivir!» Así se lo decíamos a algunos compañeros de servicio militar que se las apañaban para aprovechar las mínimas comodidades que podría depararnos aquella tierra calcinada por el sol, precario enclave de un campamento de la milicia universitaria, una de las variantes de la «mili» obligatoria de entonces, hoy felizmente cosa pasada. Resultaban astutos aquellos colegas. Se lo montaban bien, provistos en toda ocasión de los mejores frutos —sólidos y líquidos— de la región. Lejos de castigarles, jefes y oficiales alababan su sentido del deber y su cortesía, porque ellos siempre estaban en condiciones de agasajar con algún producto extraordinario a quienes se acercaban a su tienda de campaña. Ejercían su vagancia de una manera sabia. Habían aprendido a manejarse en un ambiente frontalmente adverso a los universitarios de los años sesenta, rebeldes imaginarios, que veraneábamos por cuenta del Estado en los parajes más desolados de la espaciosa y triste España.

Pero iniciarse en la sabiduría de la vida y continuar practicándola establemente nunca es fácil. Lleva su esfuerzo. En un precioso pueblo, no lejano de aquellas serranías meridionales, era famoso el cálculo de placeres y dolores que la existencia diaria había enseñado al Curro. Lo más público y notorio del Curro es que no daba palo al agua, vaya: que no trabajaba ni poco ni mucho. Bien compuesto, eso sí, se paseaba de la mañana a la noche por empinadas calles de paredes encaladas, su mimbres en la

mano, siempre con una palabra ingeniosa en los labios y una mirada que parecía venir de muy lejos.

«¡Menuda vida que te pegas, Curro!» —le solían decir sus vecinos. «Mi hambrecita me cuesta» —contestaba él, imperturbable.

Y es que llegar a pasarlo bien, organizarse a gusto, es un empeño muy trabajoso, incluso cuando lo que se pretende es precisamente no pegar ni golpe. ¿Merece la pena tanto penar? No lo sé. Lo que sé es que no tenemos más remedio que iniciarnos en el enrevesado oficio del subsistir. Si, mal que bien, no aprendo a vivir, la vida misma se encarga de pasar por encima de mí como un tren que me pillara tumbado en un paso a nivel sin barrera. Y el destrozo es tremendo, como se puede apreciar en las vidas malogradas, patéticas, de tanta gente que nos rodea.

—Oye, ¿y qué tiene que ver esto con la filosofía? Porque me han dicho que tú eres filósofo.

—Sí, a pesar de todo, intento serlo. Lo que sucede, en realidad, es que la filosofía no se ocupa de otra cosa. Si los seres humanos empezaron hace unos cuantos siglos a filosofar, e incluso algunos seguimos en ello, no es por otro motivo que el de aprender a vivir, el de alcanzar una vida lograda, el de ser felices.

—¿Y por qué la gente le concede tan poca importancia a la filosofía, si al parecer trata de lo más importante de la vida?

—Pues mira, lo que yo creo que sucede es que la gente está demasiado ocupada en intentar pasarlo bien y no tiene tiempo de aprender cómo se consigue ese arte de vivir, que por cierto no es nada fácil.

Desde luego, no basta con estudiar filosofía. Entre otras cosas, porque las soluciones que dan los diferentes pensadores a los problemas éticos no siempre concuerdan con el buen sentir moral de las gentes. Éste es uno de los motivos que me conducen a la inquietud: que la ética convencional, la que se expone en algunos de los libros que aparecen en las listas de *más vendidos*, en lugar de ser parte de la solución, a veces parece constituir una parte del problema.

Como todo arte, el de aprender a vivir sólo se adquiere por medio de la práctica. Con la particularidad de que aquí no hay procedimientos que —una vez conocidos— sirvan de una vez por todas, para cualquier situación, sino que hay que estar siempre corrigiendo y afinando. La ética, desde luego, no se parece mu-

cho a la técnica, en la que, si se sabe hacer algo una sola vez, ya se sabe siempre.

No, la ética es práctica en un sentido más esencial y profundo. Se intenta una vez, se detectan los errores, se corrigen esos errores, se intenta otra vez... Si me compro en las afueras de la ciudad un chalet adosado, provisto de un mínimo jardín, y quiero tener un césped como el de las películas americanas, no me basta con comprar en el híper un paquete de semillas y echarlas a voleo, porque lo que tendré al cabo de pocas semanas será exactamente el impresentable secarral de antes. Oí contar que el Rector de una universidad española recién inaugurada, que para no ser menos que otras quería tener su campus, preguntó a unos colegas anglosajones cómo conseguían esos maravillosos tapices verdes que cubren los espacios abiertos de sus instituciones centenarias. La respuesta, al parecer, sonaba más o menos así: «Se quitan las malas hierbas, se siega, se aplana con la apisonadora de piedra, se riega, se quitan las malas hierbas, se siega... y al cabo de unos cuantos siglos de repetir una y otra vez estas operaciones uno empieza a tener un césped aceptable.»

Claro que esto parece, no sólo largo y costoso, sino muy difícil de aceptar por personas (no sólo jóvenes) para quienes la única regla del saber vivir es la espontaneidad inmediata. Si algo me apetece, me brota, lo siento, me sale, si algo es libre y auténtico, entonces es bueno y sano. Lástima que el resultado suela ser engordar y suspender casi todas las asignaturas del curso. Y es que lo decisivo no es sentir. Lo decisivo es pensar.

Trataré de explicarme brevemente, para evitar la impresión de que me estoy dejando llevar por el prejuicio profesional de que la teoría lo arregla todo y los sentimientos son cosa de segunda categoría. Cuando después de la guerra civil la tuberculosis asolaba a la España del hambre, uno de mi pueblo viajó a la ciudad en busca del último recurso médico para combatir el bacilo de Koch. Volvió exultante: «Fui a Oviedo, me echaron los rayos, y estoy bárbaro.»

Las prodigiosas virtudes que él atribuía a los Rayos X, los filósofos griegos se las negaban a los pensamientos, a las enseñanzas teóricas sobre la vida lograda. Por muchas conferencias sobre ética o discursos morales que yo oiga no mejora un ápice mi nivel de comportamiento moral. Cientos de «casos» estudiados en el más competitivo Master de Gestión no añaden un gra-

do a la prudencia del bisoño licenciado en empresariales o en derecho a la hora de tomar una decisión en una compañía que no sea de cartón piedra. Y es que el pensamiento que necesito para vivir mejor y comportarme más sabiamente es estrictamente práctico, un modo de pensar aplicado, comprometido con la acción.

Los felices y los desgraciados

Un querido colega, español fuera de España, proponía esta especie de acertijo a propósito del conocimiento práctico al que acabo de referirme: «Para saber lo que debemos hacer, hemos de hacer lo que queremos saber.» Lo cual siempre me recuerda el caso de aquel predicador renombrado al que invitaron a las fiestas patronales de mi pueblo y comenzó su sermón con este conocido lema, más bien místico, no muy adecuado a las aficiones de mis paisanos: «Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero.» El más espabilado del lugar no vaciló un momento: «¡La raposa!», gritó. Y es que estaba seguro de que tal era la solución de la adivinanza. Y eso que por aquellos años mi paisano aún no había tenido la oportunidad de ver ningún concurso televisivo de preguntas y respuestas, de esos con encefalograma plano.

El acertijo del filósofo («para saber lo que debemos hacer, hemos de hacer lo que queremos saber») se resuelve de la siguiente forma: si para saber hacer algo necesitamos aprenderlo, entonces la única manera de aprenderlo es haciéndolo. Tal es el caso del saber para una vida lograda. La única manera de que yo lo consiga consiste en que me empeñe en adquirir esa vida plena que pretendo. Cualquier otro modo de intentar avanzar en este tipo peculiar de conocimiento me lleva a la completa perplejidad, a una especie de cortocircuito o círculo vicioso: lo que hago para adquirir tal saber confirma y refuerza mi ausencia de recursos para conseguir su aprendizaje. Dicho de modo más tajante: si no intento, al menos, llevar una vida humanamente digna no tendré ni idea de qué es eso de llevar una existencia verdaderamente cabal. Por ello aprendí enseguida a conceder muy poco crédito a ciertos políticos corruptos y a algunos intelectuales vendidos al mejor postor. Quien no resulta capaz de ser per-

sonalmente honesto no está en situación de enseñarme a serlo, a través de leyes, por medio de ideologías o como sea. Tal tipo de persona es vitalmente incompetente.

Y es que el saber vivir es un conocimiento práctico que procede de su propio ejercicio y, a su vez, en él revierte. Cuando efectivamente funciona, en lugar de perplejidad lo que tengo es un mensaje esclarecedor; en vez de cortocircuitos, lo que logro es retroalimentación, *feed-back*. El saber ya adquirido potencia mi capacidad de saber más, porque va surgiendo una especie de connaturalidad —algo así como vibrar en la misma longitud de onda— entre la vida lograda y el conocimiento que a ella me conduce. A base de hablar inglés con alguien que conozca esta lengua y que corrija mis errores de pronunciación, voy mejorando en el conocimiento de este idioma. Si me empeño en practicar la justicia, acabaré aproximándome al ideal de la persona justa, que da a cada uno lo suyo.

Pero, antes de seguir adelante, experimento la necesidad de preguntarme públicamente: ¿No es ésta una clase de explicación demasiado sofisticada? ¿No son las cosas, en realidad, mucho más simples, brutalmente simples? Porque parece que el florecimiento de la propia vida, su éxito, no depende de lo que yo haga, y mucho menos de la presunta calidad personal que vaya logrando alcanzar. ¿No es acaso experiencia común en todas las culturas que no siempre es al hombre bueno, a la mujer íntegra, a quienes les va mejor en esta vida?

Algunas personas parece que han nacido para ser felices, para lograr su vida. Todo les sale bien. Tienen buena salud, son guapos, inteligentes, aprueban la selectividad a la primera con buen número, y acaban casándose con el chico o la chica más brillante del grupo de amigos. Según sugiere la palabra griega que nosotros traducimos por felicidad (*eudaimonía*), es como si estuvieran poseídos por un genio benévolo, bendecidos por un ángel favorable. Son bienaventurados, venturosos. De otros, en cambio, se podría afirmar justamente lo contrario. «Hay algunos que nacen con estrella y otros nacen estrellados», dice la sabiduría popular. ¿Qué han hecho para que su vida, tropiezo a tropiezo, se vaya malogrando? Tienen mala suerte. En el girar de la rueda de la fortuna siempre acaban quedando en la parte de abajo. Cuando las empresas ajustan sus plantillas, por presunto exceso de personal, suelen estar en el grupo de quienes se puede

prescindir sin mayores problemas. Pillan todas las enfermedades típicas de cada estación del año y, si intentan practicar deportes de invierno, tienen asegurada la fractura de tobillo.

Pero hay algo muy hondo que me repugna en este enfoque, aunque los vates y adivinos hayan proliferado tanto en la era digital que los horóscopos tengan cada vez más autoridad y hasta los intelectuales acudan a que les echen las cartas. Algo tan serio como el logro de la vida no puede depender del azar, de la situación de los astros al nacer o de algo llamado «destino», tan solemne como inexistente. El logro de la propia vida no es innato, no se hereda ni se lleva inscrito en el genoma: está abierto a todos los individuos de la especie humana y siempre se puede recuperar cuando parece perdido.

Para mal o para bien, nadie se encuentra al reparo de la aflicción, ni siquiera los presuntos bienaventurados de siempre. Y, al mismo tiempo, la ventura no está reservada para unos pocos selectos. Todos nos encontramos ante la alternativa de la alegría o de la desgracia, y todos también estamos en condiciones antropológicas de reinsertar la suerte que corramos en una vida rectamente orientada.

«¿Cómo me puede pasar esto *a mí?*» Lo oí de su boca. Y aunque compartía el dolor por su hijo —mi amigo— muerto hacía pocas horas en accidente de coche, sentí el tirón cruel de decirle las cosas tal y como eran: «Pues, sí, señora. Usted, quizá la persona más rica de su país, bella, socialmente mimada, también usted es vulnerable y puede resultar fulminada por la desventura.» Se lo dije de manera menos cruel, no tan «políticamente incorrecta».

Oigo una voz profunda que me dice que la plenitud vital me la he de ganar yo mismo. Nadie me puede sustituir en esa aventura medular de la existencia. Otros lo pueden hacer mejor, pero no por mí. Aunque sea tan humana, y en cierto modo disculpable, la tendencia a echar a los demás la culpa de mis penas, mientras que me apunto siempre sin vacilaciones al protagonismo de mis presuntos éxitos, lo cierto es que nunca vivo por cuenta ajena.

«Yo sólo busco tu felicidad.» Me lo decían mis padres, lo siguen diciendo casi todos los padres a sus hijos y se lo repiten mutuamente las personas que se aman. Y eso está muy bien, pero el caso es que la felicidad la quiero buscar yo mismo, por

más que nunca pueda lograrla en solitario. Una felicidad impuesta es algo que me repugna. No me fascina precisamente un triunfo existencial que yo no me haya procurado de algún modo. Y una de las cosas que más me perturba de la sociedad actual es que parece que mi actuación es el resultado del entrelazamiento de factores externos y ajenos a mi libertad. Apariencia que, según espero, no se corresponde con la realidad.

Pero el más elemental realismo me lleva a reconocer que el curso de mi existencia no viene dado sólo por lo que hago yo, sino también por lo que hacen quienes me rodean. Para actuar bien, he de tener en cuenta que continuamente «me pasan» cosas que no dependen de mí. Aunque de mí depende cómo las afronto.

Vida lograda y vida malograda

No depende el logro de mi vida, al menos no del todo, de la fortuna o de la suerte. Es algo que activa y libremente me he de procurar, por más que los sucesos y circunstancias de mi entorno modifiquen a veces mis planes y siempre los condicionen. Se trata de un rendimiento que procede de mi más honda identidad —de la manera como soy «yo mismo»— y tiene que ver con mi íntimo ser como persona. En tal lance me va la vida entera, la propia finalidad. Abraza, por tanto, toda mi existencia, no sólo algunos de sus aspectos.

Una de las situaciones que más me satisface es ponerme ante el resultado de un trabajo personal o compartido con otros y estar en condiciones de decir: «Es algo verdaderamente logrado», es decir, conseguido, acertado, perfecto o casi perfecto, sin fallos que perturben el propósito que perseguía al proponerme hacerlo. ¿Quién no quiere mirar a su vida y poder decir algo semejante de ella? Todos aspiramos a vivir una vida completa, entera, lograda. Eso está muy claro. Y también lo está que no todos lo conseguimos. De hecho hay personas felices y personas desgraciadas. Algunas logran su vida y otras la malogran, la pierden, fracasan en ella. No fracasan en este o en aquel aspecto, sino que fracasan en sí mismas, precisamente como personas. Lo cual me revela algo sumamente sorprendente, que sé bien pero en lo que rara vez me atrevo a meditar. Y es que puedo realizarme a mí mismo, pero también puedo arruinarme como

hombre. Los objetos sin vida que me rodean ahora mismo no pueden ser ni más ni menos de lo que son. No corren ningún peligro existencial. Yo, sí.

Mi vida está marcada por la incertidumbre y el riesgo. Soy un ser frágil: «una caña que piensa», escribió Pascal. Pero el pensar solo, sin ulteriores cualificaciones, tampoco es una garantía. «El pensamiento me hace daño —decía Leopardi— él me matará.» En un sentido muy radical, puedo ganarme o puedo perderme. Me la juego. No sólo al ascender un monte de tres mil metros en el Pirineo, al cruzar un barrio peligroso de Nueva York o al escribir un libro. Me la juego en lo que tengo y soy de más íntimo y nuclear.

Una vida malograda es una existencia herida y dispersa, que ha perdido el norte y la esperanza de recuperarlo. Como un avión mal pilotado, ha entrado en pérdida y no consigue remontar el vuelo. Ya no se procura entonces vivir bien, sino simplemente sobrevivir. No se trata meramente de que sea una vida mal orientada: está internamente empobrecida, porque se ha ido vaciando de su propia sustancia, de lo más valioso que podía haber en ella. De modo que su desventura no depende sólo de lo que sucede fuera, de que la situación le sea desfavorable, de que las cosas le vayan mal. Es una vida que se ha dañado a sí misma en puntos esenciales y no ha acertado a poner remedio a sus errores prácticos. Y todo esto no es «moralina», que diría Nietzsche, porque el origen del problema no estriba en un superficial atentado contra la decencia, la sobriedad, la honradez o las buenas costumbres. La raíz de la cuestión está en que me he vuelto contra mí mismo y me he golpeado ciegamente y sin ninguna consideración, aunque probablemente haya sido con escasa voluntad, llevado más por la debilidad que por la malicia.

La plenitud de la vida lograda tampoco posee una índole externa, como añadida desde fuera. No es que estemos ante un individuo afortunado, que ha ganado un concurso, le ha tocado un premio o se ha merecido cual probo ciudadano el honor de una condecoración. Su triunfo en la existencia, por llamarlo así, no se debe a la obediencia a alguna reglamentación caída de no se sabe dónde. Procede del ejercicio de su propia libertad, a cuya interna lógica se ha atendido activamente. Son mujeres y hombres que se han convertido en una tarea para sí mismos, que son autores de su vida, que no han cejado en la indagación encami-

nada a ir descifrando los enigmas de la existencia. Buscadores implacables, se lanzan a comprometerse en cuestiones culturales y sociales que les implican y les trascienden. Estamos ante una interna riqueza libremente adquirida que potencia cada vez más las propias capacidades de perseguir bienes personalmente relevantes, de integrarlos en la propia vida y de afrontar las circunstancias adversas que a nadie faltan.

Podría surgir, ya desde el comienzo de estas reflexiones, el tremendo equívoco de que hubiera dos categorías de existencia, de manera que una de ellas —la vida malograda— no mereciera ser vivida. Nada más lejano del hilo de mi pensamiento y de mis más íntimas convicciones. Por de pronto, no hay ninguna persona que esté como previamente señalada para fracasar en la vida, mientras que otras tuvieran en su frente la señal de las seleccionadas para el triunfo. Y esto se ha de aplicar tanto a la categoría moral como a la biológica. La expresión «calidad de vida», tan utilizada hace unos años, se presta a este equívoco, que a veces todavía está hoy presente en la práctica médica, cuando doctores o parientes —incluso el propio enfermo o el propio anciano, no rara vez presionados por unos y otros— se sienten autorizados a diagnosticar qué vida es digna de continuar en su ejercicio y cuál debe ser interrumpida. Toda vida es absolutamente digna de ser proseguida. Si desde el punto de vista médico no siempre hay medios —al menos, ordinarios— para mantener a algún individuo en la existencia, tales recursos siempre existen en el terreno ético. Por desfavorable que sea la calidad de vida moral a la que se ha llegado, cabe en todo caso sacar fuerzas de flaqueza y recomponer esa estructura personal tan aparentemente deteriorada. Se trata de detectar cuál es el error práctico que ha conducido al fracaso del curso existencial y rectificarlo, si es preciso, desde su raíz.

—¿Es verdaderamente una ética lo que estás proponiendo?

—Sí, pero, si se me disculpa la arrogancia, diría que es una ética realista, que no se cierra sobre sí misma, sino que apela a la «gramática de la libertad», es decir, al despliegue coherente de mi propia iniciativa vital. En definitiva, mi existencia sólo se puede lograr desde ella misma, porque sólo en ella se encuentran los recursos necesarios para acertar a encaminarla derechamente. Además de aceptar libremente mi propio ser, me he de empeñar en ir descubriendo cuáles son las articulaciones básicas

que me permitan construir mi vida sobre bases sólidas, de manera que —así lo espero— las perplejidades se vayan disolviendo, en la medida en que la condición humana lo permite.

—A ver si es verdad. De momento, sólo puedo desearte suerte.

Golpe a golpe

Nadie me ha pedido permiso para traerme a la vida. Los existencialistas de hace treinta o cuarenta años pensaban que esto era una especie de maldición: el arrojamiento a la existencia, el hecho de estar ya sin más en el mundo. Los humanistas entienden que se trata, más bien, de un don: el regalo radical del propio ser. En todo caso, me han dado la vida, pero no me la han dado hecha. Me he de inventar mi propia vida y el drama que tengo como persona consiste en que esa vida la puedo lograr o malograr. El orador a quien con mayor brillantez, sin transparencias ni papeles, le he oído pronunciar una conferencia, acabó por confesar que la traía improvisada de casa. En cambio, yo no traje ya lograda ni malograda mi vida cuando vine al mundo.

—Entonces, ¿cuál es el medio del que dispongo para llegar a vivir bien? ¿Cómo puedo edificar mi propia vida o, por el contrario, cómo me arriesgo a arruinarla?

—La acción es el medio principal. Al actuar, aventuras la vida. La clave del éxito de tu existencia consiste fundamentalmente en actuar bien. Es ahí, en tus acciones, donde te la juegas.

—Pero ¿qué sucede si no me da la gana arriesgar? ¿No puedo acaso dejar de actuar, pasar, abstenerme?

—No, no puedes. Siempre estás arriesgando, incluso cuando no quieres entrar al juego. Adoptas entonces el papel de espectador, pero no por ello dejas de tomar parte en el drama. Te guste o no, tienes que decidir, no puedes dejar de apostar.

Lo que sucede es que no cualquier tipo de acción es vitalmente relevante. La especie de acción que verdaderamente cuenta para la edificación de mi propia vida no es la *producción*: es la *operación*. Voy a intentar explicar esta distinción que creo que tiene mucho sentido. Lo importante no consiste en las cosas que hago —una casa, un viaje, un libro— sino en lo que hago con mi propia vida y con la vida de quienes me rodean: cómo me porto

con ellos y conmigo mismo. La clave está en los bienes humanos que trato de realizar e integrar, y no tanto en las cosas materiales que intento fabricar y poseer.

El fin de la *producción* está fuera de mí cuando actúo. Se trata de una actividad de tipo procesual que implica un cierto movimiento, el cual cesa cuando la acción alcanza su término. Por ejemplo, cuando construyo, todavía no he construido; y cuando he construido, dejo de construir. Por medio de la producción no pretendo realizarme a mí mismo, sino realizar otra cosa, por ejemplo, reconfigurar mi ordenador portátil que ha entrado en su típica fase caótica. La producción implica un proceso y un resultado.

En cambio, el fin de la *operación* permanece en mí como agente. Es una acción que afecta a mi modo de ser. No hago nada con ella, sino que me hago a mí mismo, como cuando digo la verdad en un ambiente en que resulta peligroso hacerlo. Si digo la verdad, yo soy sincero; y si miento, me hago mentiroso. Es decir, la operación no sólo actúa hacia fuera, sino que me va configurando a mí mismo (como alguien sincero o como alguien mentiroso). Aquí no hay proceso ni resultado distinto de mi propia acción y de sus repercusiones en el entorno social. Otro ejemplo característico es el conocimiento: lo mismo es conocer que haber conocido y, una vez que he conocido, puedo seguir conociendo. Algo semejante acontece con el comportamiento ético, con el que no se busca producir nada externo sino lograr un bien humano que me haga mejor a mí mismo y a quienes me rodean.

—Pero reconfigurar el ordenador es útil, sirve para algo. Decir la verdad, por el contrario, no sirve para nada, a no ser para enemistarte con todos y para que te la guarden.

—Ahí está la clave. Decir la verdad no es un medio para un fin: es un fin. No sirve para otra cosa, precisamente porque es una acción que tiene valor en sí misma. No es algo útil: es, sencillamente, algo bueno. Y justo por eso es relevante para orientar mi vida hacia su propio florecimiento. Mientras que reorganizar mi ordenador me viene muy bien para continuar escribiendo este libro, pero ni me va ni me viene para el logro de mi vida.

Al decir la verdad, no he ganado nada externo y tangible: me he ganado a mí mismo. No he avanzado hacia mi triunfo profesional o mi prestigio social: he avanzado hacia mí mismo. Me he enriquecido de un modo mucho más íntimo y precioso que si me

hubiera tocado la Lotería Primitiva. No he cambiado externamente, pero mi interior se ha potenciado, de manera que estoy en condiciones de actuar aún mejor la próxima vez. He avanzado hacia el logro y la integración de unos bienes que probablemente me permitirán afrontar con más acierto las vicisitudes que se me vayan presentando en el futuro.

Golpe a golpe, a fuerza de operaciones acertadas, me voy logrando a mí mismo, aunque parezca desaprovechar ocasiones de conseguir cosas valiosas. Es un tipo de valor que se halla a otra altura. No hay que confundir las lentejas con el caviar. Aunque las castizas leguminosas, bien preparadas, sean riquísimas. Y no sólo de caviar viva el hombre.

Lo correcto y lo corregido

Casi nunca acierto a la primera. En cualquier técnica o arte que he intentado cultivar, he necesitado ir ajustando los procedimientos, mejorar las formas de hacer, precisar los estilos, incorporar continuamente mejoras. Sólo así, según he podido percatarme, se llega a dominar un oficio. Y, aunque he tardado más en darme cuenta, ahora sé que con el complejo oficio de vivir bien esta exigencia es todavía más fuerte, porque en él no hay fórmulas ni recetas, no hay técnicas estereotipadas, sino que el acierto es siempre en cierto modo nuevo, de manera que cada vez he de dar con lo bueno y seguir buscando lo mejor.

Así pues, conseguir la incorporación de bienes vitales implica un aprendizaje más delicado y difícil que cualquier otro. Porque en ningún momento mi acierto puede llegar a ser pleno. Y es que, en cuanto persona, nunca estoy a mi propia altura. Siempre me quedo corto. Con Pascal podría decir que, también en mí, el hombre supera infinitamente al hombre. A la hora de comportarme de una manera plenamente humana, lo más que alcanzo son aproximaciones que nunca acaban de dar en el clavo. De manera que he de reiterar continuamente la secuencia *ensayo-acierto o error-corrección del error-ensayo*.

Vista desde fuera, mi situación puede parecer desesperante. Como le sucedía a Sísifo, cuando ya voy a llegar arrastrando la pesada piedra a la cima de la montaña, la roca se me despeña por la otra ladera y tengo que volver a empezar otra vez a em-

pujarla trabajosamente hacia la cumbre. Pero el drama adquiere un significado positivo al advertir que yo soy el actor libre de un esfuerzo que realmente no está sometido a la cadencia fatal simbolizada en el mito griego.

En la acción humana, lo recto es siempre lo correcto, y lo correcto equivale aquí estrictamente a lo corregido. La recta razón es la razón correcta. Lo cual implica que mi comportamiento no está sometido a unas leyes inmutables y externas, sino que soy yo quien creativamente descubro la norma que he de aplicar a cada coyuntura vital. No hay dos operaciones iguales. La conducta humana nunca es pura rutina. Siempre hay un decisivo factor de creatividad, tanto en la comprensión operativa de una situación concreta como en la solución a los problemas que presenta. Creatividad que es capacidad de ver lo escondido, de alumbrar lo nuevo, de proyectar lo posible, de convertir un problema en una oportunidad de acción

El momento de decir «vale ya» se aleja indefinidamente. Aunque no se trate del romántico intento de hacer de la propia vida una obra de arte, lo cierto es que en mi comportamiento siempre se registra algo parecido a la insatisfacción del artista. Soy, para mí mismo, una obra abierta a ulteriores avances, porque mis potencialidades como ser humano resultan inagotables. Nunca faltan nuevos bienes para buscar y proseguir, ni tampoco dificultades que es preciso superar y obstáculos para vencer.

Con todas mis limitaciones, soy como un avanzadísimo ingenio cibernético: aprendo de mis aciertos y de mis errores. Cuando aprecio mis aciertos, refuerzo esa línea de conducta y la enriquezco con el registro de los nuevos casos, diversificando así las posibilidades de acción. Cuando detecto mis errores, retroalimento las posiciones de partida, atemperando las actitudes que han conducido a los diversos fallos, y potenciando aquellas que puedan neutralizarlas y sustituirlas. Lo más interesante es lo que está por llegar. El futuro es la dimensión clave.

Pero en mi actividad acontece también el aprendizaje negativo, en el que desgraciadamente ya no se registra esa versatilidad del autogobierno. Baste pensar en fenómenos como la envidia, el enreimiento o el rencor, que no me son desconocidos. El más temible de todos ellos es el resentimiento, porque me puede paralizar durante mucho tiempo. En ellos, tanto el acierto como el error adquieren la rigidez de una foto fija. El aconteci-

miento vivido y registrado no se integra en el curso vital, sino que se convierte en un cuerpo extraño, nunca acabado de asimilar, que me provoca continuas disfunciones y sensaciones existencialmente dolorosas. El pasado comienza a ser un fardo insoportable que amenaza con dominar mi vida entera. Me percató de que se agota mi capacidad de rectificación. Incomprensiblemente, pero de modo muy real, empiezo a hacerme daño a mí mismo. Si insistiera en esta trayectoria, sería el comienzo de la vida malograda.

—¿Por qué tendrá el hombre esa extraña capacidad de volverse contra sí mismo?

—Ningún filósofo ha dado hasta hoy, que yo sepa, una respuesta satisfactoria a esa pregunta. Kant llegó a hablar del «mal radical» que anida en el corazón de todo hombre, pero no fue capaz de explicar cómo ni por qué. En lo que casi todos los pensadores están de acuerdo es que tal fenómeno está incluido en el riesgo que corremos con la propia libertad, de la cual habrá que hablar ampliamente más adelante. Sólo anticiparé que la rectificación siempre es posible. En cualquier situación, cabe desandar los propios pasos, decir «me equivoqué» e iniciar la aventura de un nuevo cambio, en el que sea posible integrar el pasado.

A la búsqueda de mi propio ser

No es el ser humano un acontecimiento acabado, una realización perfecta, un suceso cumplido. Su vida no se puede describir, hay que narrarla. Y tal narrativa no será una historia ejemplar, sino que registrará incoherencias, atascos, desalientos, rectificaciones, nuevos comienzos. Porque el tiempo habita al hombre por dentro de un modo mucho más íntimo que a cualquier otro ser. Las personas están amasadas de tiempo. Son como melodías cuya unidad viene dada por un transcurrir más o menos armónico.

La persona no es un hecho ni una amalgama de hechos. Toda «imagen científica del hombre» en clave positivista ha fracasado sin remedio hasta ahora, porque no pasa de ser una simpleza, a pesar de la típica arrogancia de quienes proponen ese tipo de modelos (o precisamente por ella). Confundir al hombre y a la mujer con sofisticados fragmentos de materia, con pobla-

ciones de células, se paga al precio de no poder explicar ninguno de sus comportamientos característicos. Es un naturalismo craso, cuya superación constituye el primer paso para la elaboración de una antropología que se atenga mínimamente a la realidad. Tampoco es posible encerrar toda la actividad humana en una estrategia de tipo técnico, como pretende por ejemplo el consecuencialismo, según el cual la bondad o maldad de una acción humana se mide exclusivamente por la suma de consecuencias favorables que de ella se derivan. Es el ideal cuantitativo de medirlo todo, que procede de la fascinación ejercida en la mente moderna por las ciencias de la naturaleza.

Pero esta obligada superación del naturalismo no equivale en modo alguno al abandono del concepto de naturaleza humana, sin recurrir al cual no se puede articular ni una antropología ni una ética. Bien entendido que no uso la palabra *naturaleza* en el sentido actual de expresiones tales como «protección de la naturaleza» o «vivir en plena naturaleza». No entiendo aquí la naturaleza como el conjunto de cosas no fabricadas por el hombre que forman el sistema ecológico de este planeta. Por naturaleza entiendo aquí, en un sentido más clásico, el modo de ser propio de cada cosa; y por naturaleza humana, mi propio modo de ser.

—Pero si recurres a la naturaleza humana estás introduciendo un hecho, una facticidad, en el núcleo mismo del ser del hombre. Incurres así de lleno en lo que Moore llamó «falacia naturalista», que consiste en derivar lo que el ser humano debe ser (lo que tú llamas el logro o florecimiento de su vida) de lo que es de hecho.

—Me temo que Moore no era un filósofo demasiado lúcido, como ya advirtió Wittgenstein en su correspondencia con Keynes. El propio recurso a un concepto tan sospechoso como el de *hecho* no habla ya a su favor. Pero hay que discutir las ideas y no criticar a las personas. Lo que aquí me interesa es destacar que el concepto clásico de *naturaleza*, al que me estoy refiriendo, no tiene ningún parecido con la idea naturalista de *hecho*, que es la que Moore maneja. La naturaleza de la que hablo ahora es dinámica y finalizada, mientras que los hechos de los positivistas son estáticos y carentes de toda orientación hacia un fin.

La naturaleza es la índole constitutiva de cada cosa, su manera de ser fundamental, de acuerdo con la cual cada realidad actúa. La naturaleza de un haya pirenaica, por ejemplo, es el

modo de ser y de «actuar» de un árbol de hoja caduca, que requiere frío y humedad para su crecimiento, pero que no medra más allá de los dos mil metros de altura sobre el nivel del mar. No sería muy sensato plantar hayas en los desiertos de los Monegros y las Bardenas, o intentar reverdecer con ellas las heladas cumbres del Midi d'Osseau y el Balaitús. Al haya no le van nada las tierras reseca y salinas ni los picachos situados por encima de los tres mil metros de altura. Tales situaciones ambientales no cuadran con su naturaleza.

Pues otro tanto acontece con el hombre, que hay cosas que se avienen con su naturaleza y otras que no concuerdan con ella en modo alguno. Por ejemplo, al ser humano no le van nada la esclavitud ni la pena de muerte, por más que ambas instituciones sigan vigentes en el Sudán y en la China, respectivamente. No es propio, no resulta adecuado al ser del hombre —ya veremos por qué— el que otro hombre tenga derecho a usar y abusar de él o a quitarle la vida violentamente.

—Esa supuesta naturaleza del hombre depende en realidad de las normas y costumbres propias de la cultura en la que vive. No se puede absolutizar. Y tampoco tienen una validez incuestionable las consecuencias morales que se deducen de cada visión de la naturaleza.

—Relativismo se llama esa figura: relativismo cultural y ético. Constituye un error de fondo, tanto cognoscitivo como moral, que puede conducir a consecuencias tan poco deseables como la de justificar el asesinato de inocentes por parte de terroristas y demás fanáticos. Pero es un tema muy actual en el que habrá que detenerse más adelante.

Lo importante es advertir que la admisión del concepto de naturaleza me ayuda a recuperar una visión de la realidad que se está perdiendo y sin la cual no hay modo de entender el dinamismo del florecimiento vital. Se trata de la visión *teleológica* de la realidad. *Télos* es una palabra griega que significa finalidad. De manera que la comprensión teleológica de lo real es aquella para la que las cosas no son meros productos del azar o la necesidad, sino que tienen un sentido, una inteligibilidad interna, una orientación hacia su propio perfeccionamiento y hacia la plenitud del conjunto en el que se insertan. Cada cosa se orienta hacia sus acciones propias, y el principio de tales acciones es justamente su naturaleza.

Las acciones no se identifican con la naturaleza, pero —dice Spaemann— la recuerdan siempre que sean conformes con ella. Ese recuerdo de la naturaleza, ese ir en busca de la naturaleza perdida, según la expresión de Ana Marta González, equivale a intentar el encuentro con el propio ser. Como ser libre que soy, resulta que puedo obrar según mi naturaleza o en contra de ella. Pues bien, cuando actúo según mi naturaleza cabe decir que mis operaciones la están recordando, se están ateniendo a ella y, por lo tanto, que me estoy encontrando con mi propio ser. En tal caso, mis operaciones son básicamente rectas y se orientan hacia la vida lograda. Si van contra la naturaleza, contribuyen a malograr mi vida, a que yo me haga daño a mí mismo, porque me estoy olvidando de mi modo de ser.

—Esta manera de enfocar las cosas plantea un montón de problemas; por ejemplo, en temas de genética y reproducción humana.

—Desde luego. Pero lo importante es que el concepto de naturaleza humana ofrece los criterios básicos para afrontar rectamente tales problemas. De ahí su interés y la grave pérdida que su olvido implica.

Recordar la naturaleza, ir al encuentro del propio ser, es un modo ecológico de vivir. Promete belleza y salud. Y, a diferencia de la publicidad de yogures, cumple lo que anuncia.

Yo me potencio

El enriquecimiento que adquiero al actuar de acuerdo con mi naturaleza no lo pierdo de un día para otro. Se incorpora establemente a mi propia personalidad. Si digo la verdad contra viento y marea, veo una película interesante, atiendo con amor a un enfermo terminal o trabajo cuidadosamente ocho horas diarias, no sólo me estoy portando como un buen tipo: estoy creciendo como persona. Estoy logrando una mayor intensidad humana.

El tiempo bien gastado se remansa en potenciación de mi vida. No se me escapa como agua entre las manos. La única manera de no perder el tiempo, de que el tiempo no pase y se pierda, es incorporarlo a mi propia vida en forma de hábitos de acción, es decir, en formas estables y eficaces de ser y de compor-

tarme. Si adquiero, por ejemplo, el hábito de decidir con prudencia, gano todo el tiempo que gastaría en darle muchas vueltas a un problema delicado de trato con un compañero, y en deshacer las equivocaciones que pudiera cometer. Si logro ser más valiente, a fuerza de no arrugarme ante presiones y amenazas, afrontaré las dificultades sin excesivas vacilaciones. El pasado se decanta en el presente y facilita la conquista del futuro. La existencia se hace más dinámica y unitaria.

Gracias a la acción correcta, el tiempo queda redimido de su vanidad. Se le libera de su transcurrir vacío y trivial, en el que una hora es tan insustancial como cualquier otra. «Matar el tiempo» es matar la vida. En cambio, ganar tiempo es acrecentar la intensidad del existir, «ganarme la vida».

«Ganarme la vida» es mucho más que conseguir lo necesario para cubrir mis necesidades económicas. Consiste en lograr el bien humano que persigo, en salir triunfador cuando «me la juego», y rectificar enseguida si cometo un error práctico, o sea, si decido en contra de mi propio modo de ser, de eso que llamo aquí naturaleza.

—Yo no acabo de entender todo este ajeteo que te traes con el tiempo. Al fin y al cabo, una hora dura sesenta minutos tanto para ti como para Milosevic, y no puedes negar que el político serbio potenció su vida, quizá incluso excesivamente.

—Es posible que ahora, en su prisión de La Haya, las horas se le hagan al desgraciado Milosevic más largas de lo que desearía. *La montaña mágica* de Thomas Mann es, entre otras cosas, una novela sobre el tiempo, en la que se palpa cómo son muy diferentes los tiempos de las distintas personas en diferentes ocasiones. No hay un solo tipo de tiempo, como han mostrado tanto la física como la filosofía del siglo xx. Y, desde luego, el tiempo que miden las agujas del reloj es el menos real de todos, porque el pasado cronológico ya no existe y el futuro horario todavía no ha llegado. Sin entrar a juzgarle, que para eso está el tribunal internacional, da la impresión de que un personaje como Slobodan Milosevic ha malgastado su tiempo y en realidad es un hombre débil, que se ha dejado arrastrar por su ansia de poder y por la fuerza de las circunstancias. No parece que haya aprendido a vivir y está lejos de haberse autopotenciado. Visto desde fuera, y con todos los respetos, es un pobre hombre.

El genio, el santo, el héroe son tipos excepcionales de la vida lograda, que se elevan sobre el nivel de quien esto escribe y quizá de quien ahora me está leyendo. Y si alguna impresión transmiten las narraciones de su existencia es la de una tremenda fuerza y de una densidad casi increíble, aunque no estén faltas esas historias de pasiones no controladas, de debilidades que tal vez llegan a superarse y esfuerzos no siempre culminados con éxito. No es casual que muchos de ellos murieran jóvenes, porque en pocos años se llenaron de fecundidad. Realmente lograron potenciarse a sí mismos, aunque sin exceso de prepotencia, porque no estaban dominados por la búsqueda de la autoafirmación, que es una trampa, sino que buscaban la realización de una tarea trascendental. La complejidad del mundo contemporáneo convierte todo esto en algo menos perceptible, pero sigue siendo tan real como hace cinco siglos. También hoy, quizá a mi lado, hay héroes, hay santas, hay personas geniales, que tal vez por serlo pasan inadvertidas. Merece la pena recordar aquí un bello texto de Eugenio d'Ors: «Pero yo te digo que cualquier oficio se vuelve filosofía, se vuelve arte, poesía, invención, cuando el trabajador da a él su vida, cuando no permite que ésta se parta en dos mitades: la una, para el ideal; la otra, para el menester cotidiano. Sino que convierte cotidiano menester e ideal en una misma cosa, que es, a la vez, obligación y libertad, rutina estricta e inspiración constantemente renovada.»

Lo cual no equivale a la «rutinización del carisma», de la que habló el sociólogo alemán Max Weber. Según saben los lectores de libros de historia, el futuro no suele avanzar entre el fragor de las armas y el rumor de las grandes declaraciones. Prefiere casi siempre el atajo de las sendas perdidas, florece de improviso en ambientes serenos y fértiles. Los héroes de las narrativas reales rara vez fueron reconocidos por sus contemporáneos, no irrumpieron ruidosamente en el espacio público, mas tuvieron la elegante generosidad de labrar la tierra cuyos frutos otros recogerían.

Un hábito operativo no es sin más una costumbre, ni se consigue con la sola repetición de actos. Es inevitable y positivo adquirir rutinas para no gastar innecesariamente energías en realizar actividades estereotipadas o mecánicas. Por ejemplo, un experto conductor de automóviles no necesita estar expresamente pendiente de los cambios de marcha o los movimientos del vo-

lante, gracias a lo cual es más fiable y puede charlar sin peligro con sus acompañantes. Pero un hábito no tiene nada de rutinario, porque es creativo: no repite, añade; no sigue un camino trillado, lo inventa; no busca el procedimiento menos costoso, sino el más enriquecedor. Los hábitos son catalizadores de la innovación. Fertilizan la energía vital. Potencian exponencialmente capacidades cuya adquisición nunca se detiene, porque lo ya ganado faculta para ganar más. Y eso nadie lo puede hacer por mí, mejor que yo, si yo no lo hago.

Excelencias

Los hábitos operativos despliegan esas capacidades naturales más que se encuentran abiertas a nuevas autodeterminaciones. Dicho de manera más sencilla: en mis acciones propiamente humanas yo no estoy forzado a actuar de una sola manera; tengo que ir dándome a mí mismo el modo según el cual esa apertura mía se plasma en un estilo único e irrepetible, al que se denomina «carácter». No hay que confundir el carácter con el temperamento. El carácter es adquirido, mientras que el temperamento es congénito, biológicamente heredado. El temperamento tiene mucho de fisiológico, mientras que el carácter es un concepto predominantemente ético. En la educación de los adolescentes, por ejemplo, conviene conocer el temperamento de las chicas y chicos, pero es preciso ayudarles a formar su carácter.

Lo que me interesa considerar aquí es el carácter y no el temperamento, porque mi plenitud vital nunca está ya naturalmente dada, sino que necesito conquistarla a golpe de acciones acertadas. Esto que acabo de decir es una de las claves para entender el dinamismo perfectivo del ser humano, el logro de su florecimiento existencial. Nadie es de antemano bueno ni malo. No hay perfección moral innata. El color de la piel, la edad, la riqueza o la posición social no dicen nada acerca de la categoría ética de una persona. De ahí lo odioso (o ingenuo) de expresiones como «es pobre *pero* honrado», porque nadie es honrado ni deja de serlo por ser pobre (ni rico). Por no mencionar modos de hablar que se refieren, de manera más o menos hipócrita, al color de la piel.

—Los jóvenes, sin embargo, somos sinceros.

—Que te has creído tú eso. Algunos lo sois, desde luego, pero no precisamente por ser jóvenes, sino porque habéis fomentado el hábito de decir la verdad. Por ser joven, se tiene la piel más tersa, se es más ágil, se tiene más memoria, pero no se es más sincero, ni más auténtico ni más valiente. Otra cosa es que se sea más espontáneo, pero esa disposición —que no hábito— no es de suyo ni buena ni mala. Algunos de los errores típicos del nacionalismo proceden de atribuir cualidades morales innatas a las personas que han nacido en un determinado lugar o tienen ciertos rasgos genéticos. Salvando el entusiasmo disculpable y la buena intención, hay que decir que tal postura es absurda.

—¿No se puede, entonces, mejorar a la humanidad por un proceso de selección genética?

—El filósofo alemán Peter Sloterdijk lo ha propuesto recientemente, basándose en las nuevas posibilidades que al parecer ha abierto el descubrimiento del genoma humano y —según otro orden completamente distinto de consideraciones— en que Nietzsche ya había descalificado los procedimientos humanísticos para mejorar a las personas. Eso suena demasiado a eugenesia con un inevitable tufillo nazi. La eugenesia (etimológicamente: buena manera de engendrar) estuvo vigente en gran parte de Estados Unidos hasta hace unas décadas y está volviendo solapadamente de la mano de no pocas formas de manipulación genética y fecundación artificial. Parece mentira que personas que se consideran progresistas, y que inicialmente se escandalizaron por la postura de Sloterdijk, se declaren ahora a su favor, para apoyar la clonación de embriones humanos con finalidades de experimentación presuntamente terapéutica.

El riesgo constante en este tipo de cuestiones consiste en tratar a las personas como si fueran una cosa y pensar que se pueden mejorar desde fuera, sin contar con ellas ni poner en juego su libertad. Y eso es imposible. El único camino para mejorar mi calidad humana es la libre adquisición de hábitos buenos, lo cual —afortunadamente— siempre está a mi alcance y al de cualquier otra persona. Y es interesante subrayar que, en consecuencia, también comparece en este punto mi creatividad. Saco fuerzas de flaqueza, por decirlo así, y hago emerger realmente de mí mismo unas cualidades que me aproximan progresivamente a la excelencia vital.

A lo que hoy denominamos «virtudes», lo llamaban los griegos «excelencias» y los latinos «fuerzas». Es un caso claro de deterioro o empobrecimiento del significado de un término. Porque hoy la palabra *virtud* sugiere más bien, en el lenguaje cotidiano, apocamiento e incluso represión: solteronas ancianas vestidas de negro y con cara de querer aguar todas las fiestas. Cuando hablamos de una persona virtuosa, pensamos en alguien lleno de complejos y escrúpulos. Mientras que en su acepción originaria se trataba de seres humanos llenos de empuje, energía y capacidad de arrastre.

El filósofo escocés Alasdair MacIntyre ha mostrado que la dificultad de recuperar el significado originario del término *virtud* proviene de la pérdida del sentido teleológico o finalista de la realidad y, en consecuencia, del oscurecimiento de la noción de naturaleza humana, de la difuminación de nuestro característico modo de ser como personas. Porque la virtud es la realización de esas potencialidades características de la manera humana de existir y comportarse. Si tal modo de ser no existe, o tiene un carácter puramente material, el propio sentido de la virtud se esfuma. Se corre entonces el riesgo de intentar construir la ética convencional con nociones tales como deber, consenso, emoción, utilidad, gusto, diálogo, amor, placer o solidaridad, que están muy bien, pero que —disuelto su sentido antropológico y desconectadas entre sí— no llevan a ninguna parte distinta del utilitarismo o el relativismo, planteamientos en los que la desorientación es insuperable.

La renovación de la noción de virtud es imprescindible para entender que el concepto de vida lograda aquí propuesto tiene peso ontológico, es decir, implica que la existencia humana es realmente perfeccionable en la línea de su plenitud y potenciación.

Nada resulta más equívoco y distorsionante para este propósito que insistir en que la virtud procede de la repetición de actos, cuando lo que tan insulso mecanismo arroja en todo caso es una costumbre o una rutina. La virtud, ciertamente, sólo se adquiere operativamente —para lo que ordinariamente no basta una sola acción— e implica una ganancia estable. Pero lo que aquí cuenta no es el número de acciones sino la intensidad del operar, su fuerza troqueladora de la personalidad y no una especie de acostumbriamiento que se podría confundir con la domesticación de la bestia humana.